

A. Hartmann, A. Wetmore y las Morrinas del Chagres, 1955

Por: Stanley Heckadon-Moreno

En el número anterior de **Epocas** dejamos al Alexander Wetmore, ornitólogo del Instituto Smithsonian, en enero de 1955, en la estación entomológica de Juan Mina. Desde 1938, epicentro de los estudios pioneros a largo plazo que el Laboratorio Gorgas de Medicina Tropical realizaba sobre la malaria y los mosquitos portadores del mal, entre los caseríos del curso medio del río Chagres: Santa Rosa, Guayabalito, Gatuncillo, Las Guacas, Madroñal y Nuevo San Juan. Los resultados de estos trabajos, iniciados en 1929, sobre salud pública rural, drogas anti maláricas y el riego de viviendas con DDT, luego se aplicarían a todo Panamá y a los trópicos del nuevo mundo.

Ese verano del 55, acompañaron a Wetmore su esposa Beatriz Thielen,

encargada de la despensa y la cocina; y como baquiano y asistente Armagedon "Gedón" Hartmann, campesino de las tierras altas de Chiriquí. Desde Juan Mina, a pie y en cayuco, Wetmore y Hartmann colectan aves acuáticas en el Chagres. Era segunda vez que "Gedón" asistía a Wetmore. Antes había apoyado a Frank Hartman, gran endocrinólogo de la Ohio State University, otro usuario de Juan Mina.

El responsable de la estación era el bocatoreño Henry Van Horn. De él diría el Dr. Abdiel Adames, ex Director del Gorgas, en la Revista *Lotería* de agosto de 2003-que fue un "excelente técnico de campo, el guardián de la estación de Juan Mina, en donde se llevaron a cabo muchas investigaciones en las cuales el contribuyó a su ejecución y éxito". Una de estas investigaciones fue sobre la peste de los caballos. Siempre recuerdo la primera vez que vi sus letales efectos.

La peste de los caballos.

En mi infancia, en la finca de mis abuelos en las selvas del Chiriquí Viejo,

último río del Istmo a poniente, fronterizo con Costa Rica, el ganado valía más que la tierra. En verano venía de Puerto Armuelles, a caballo por la playa, Rogelio Rojas el matarife, a comprarle a mi abuelo sus novillos. Ese día era eléctrico. En mi viejo caballo "Pascual" yo también ayudaba a arrear el ganado del fondo del potrero, donde topaba con la montaña, hasta el corral cerca al río. Luego mi abuelo y el matarife se movían entre las reses estimando el peso de los novillos, al ojo y en arrobas. Trato cerrado, Rojas sacaba su fajo de billetes y pagaba la media docena de animales. Era nuestro mayor ingreso del año. Mi abuelo envolvía esos dólares en un viejo pedazo de lona que guardaba bajo su colchón. Cerca a la cama vigilaba "La Limeña", imagen heredada por mi abuela de un antepasado, Miguelito Santamaria, quien la trajo de Perú tras prestar el servicio de las armas del Rey, cuando el Istmo pertenecía a ese virreinato. Por las noches, encabezados por mi abuela, rezábamos el rosario

ante La Limeña agradeciéndole cuidar nuestra salud, cultivos y ganados y por la vida eterna.

Fue una preciosa tarde de verano que llegó la peste. De cielo azul, sin nubes. El río cristalino con sus hermosos playones afuera, pues era marea baja. La brisa sur anunciaba que, desde la mar, subía la marea. El primer caballo en caer fue de los más galanos, el de mi tío Aurelio. Había venido de Divalá a la faena de los novillos. De vuelta a su casa, cruzó el río por el vado del higuero y al tratar de subir el barranco el caballo comenzó a temblar y cayó al suelo. Alguien gritó "Dios mío, es la peste, la morrina".

Esa noche mi abuelo me dijo que como era grande, tenía 13 años, y conocía los caminos, debía ir a David a comprar la vacuna. Partí a caballo, a las tres de la madrugada, tras las bendiciones de mi abuela, con la luna afuera y marea seca. Crucé el Chiriquí Viejo, seguí el borde de la ciénaga de El Altamizal y crucé el Gariché en sus ajuntas con el Divalá. Ahí dejé la montaña y entré a los llanos con

rumbo a Los Cerritos. Pasé el Duablo y el amanecer me cogió en la Palma Real, finca de mis tíos Roberto y Nina Anguizola, quienes me dieron café. Tras atravesar los llanos de El Tullido y Los Limones y pasar río Chico alcancé la estación de La Pita. Aquí deje el caballo y tomé el tren que de Puerto Armuelles iba para David. Llegué a medio día estando las tiendas cerradas. Cuando abrió la veterinaria de Villegas y Vega compré la vacuna y corrí a la estación a tomar el tren de la tarde hacia Puerto. Fui el único en bajarse en La Pita. A trote emprendí la vuelta llegando de noche al Chiriquí Viejo que estaba hondo, era plea mar y de aguaje. Lo cruce agarrado a la cabeza de la montura y nadando a la par del caballo. Al día siguiente se vacunaron los animales. Estaba estropeado pero muy feliz.

La fuerza motriz capitalina e interiorana

En estos tiempos son los carros y camiones los reyes de calles y carreteras. Para el panameño tener vehículo es tan necesario como casa propia. La capital, amanece y anochece presa de gigantescos tranques vehiculares que duran horas y que, aunado al intenso calor, genera insólita agresividad entre conductores y pasajeros. Toda cortesía desaparece por encanto.

Diffícil es recordar que a inicios del siglo XX, los reyes del transporte fueron los caballos. Ellos movían los coches particulares y taxis, las ambulancias, las carrozas, las bombas de los bomberos, las carretas de los aguateros, las que recogían la basura y las que distribuían la carga de los almacenes. La policía panameña y la zoneíta tenían su caballería. Cuando durante los tumultos de las elecciones intervenía el ejército americano, las calles capitalinas se atestaban, no tanto de soldados, sino de caballos pues el ejército andaba en cuatro patas. En las plazas-La Catedral, Santa Ana y la 5 de Mayo; y en hoteles como El Central, Internacional y Tivoli, filas de coches dejaban y recogían pasajeros. Las fotos de Panamá, Colón y la Zona, entre 1900 y 1930, muestran la lenta sustitución de coches y carretas por los carros y camiones. La salud del hatu equino era vital para la capital como para la ganadería interiorana.

La lucha contra la morrina

En 1929, el Gorgas inicia sus estudios sobre las enfermedades tropicales que afectaban al hombre y sus animales. Su director el Dr. Herbert Clark, informaba en 1932, que si bien existían una decena de enfermedades importantes " Los principales problemas escogidos para su estudio por nuestra Institución son dos, de gran importancia económica para las tierras bajas de los trópicos occidentales. La primera es la malaria, y la segunda una enfermedad de los caballos y mulas, conocida aquí como la Murrina o Derrengadera, y por el mundo



Sobre estas líneas el embarcadero de la Estación Entomológica de Juan Mina, río Chagres. Epicentro de la lucha contra la malaria que el Laboratorio Gorgas de Medicina Tropical realizó en las décadas de 1930 a 1950, para mejorar la salud de los caseríos campesinos del curso medio del río. Las lecciones aprendidas aquí luego se aplicaron al resto del istmo. Enero 20, 1955.

Foto, A. Wetmore. Archivos, Instituto Smithsonian.

científico, como *Tripanosomiasis*."

Para enfrentar este viejo flagelo el Gorgas habilita, en 1931, la Estación Veterinaria de Miraflores, cerca a las esclusas. Estudio que generó muchas expectativas. Durante la segunda guerra mundial, debido a las obras del tercer juego de esclusas, la estación es reubicada en Corozal.

Por siglos la morrina fue fatal a los equinos del Istmo y la costa norte de Sur América. Se mantenía latente pero súbito, surgían pestes, en verano o invierno. Podían durar semanas o meses, para desaparecer. Su costo económico era altísimo. Se desconocían sus causas, ni como se transmitía. En 1910, el Dr. Samuel T. Darling, de la Comisión Istmica del Canal, con microscopios más potentes y nuevas técnicas de laboratorio, describe el mal por vez primera y establece que obedecía a un tripanosoma, un parásito de la sangre. Los del Gorgas tratan de establecer, sin éxito, el insecto portador. Luego centran su atención en el tábano, mosca grande que ataca a caballos, mulas y vacas. Pero prolongados experimentos la hipótesis se descarta.

La evidencia parecía apuntar a una criatura nocturna que chupaba la sangre de los animales, el vampiro. Miles habitaban las cuevas de Chilibre, un afluente del Chagres. Recordaba el Dr. Clark que en esos tiempos sonaba a herejía médica que éste mamífero fuese el vector. Finalmente el Dr. Lawrence H. Dunn, luego de estudiar la sangre de

miles de caballos, en Panamá y la Zona, establece la distribución del mal y como se adquiría. La enfermedad era muy común al Istmo y el vampiro su trasmisor. La adquirirían al chupar la sangre del ganado vacuno o animales silvestres. Seis a ocho días después de consumir esta sangre infectada el vampiro podía transmitirla, para morir 28 días después. Como el murciélago se alimenta de noche de sangre de las heridas que hace en la piel de los animales, se recomendaba colocar luces en los establos. Algo imposible en los potreros. Había que encontrar una vacuna. Las primeras eran caras, se aplicaban a la yugular del caballo y solo se salvaba un tercio.

En 1933 se suscitó en Coclé una epidemia de morrina que se difundió a Herrera, Los Santos y Veraguas. Centenares de animales perecieron. En 1934 apareció en Pacora y Chorrera. Poco a poco se logra controlarla al producir la Bayer el *Naganol*. Se requerían tres inyecciones por animal, pero era cara y tóxica en grandes dosis. Había que dar con una vacuna al alcance de los pequeños ganaderos, lo cual ocurrió luego de la segunda guerra mundial.

En el próximo número de **Epocas** haremos la última entrega sobre Alexander Wetmore y Armagedón Hartmann en Juan Mina, río Chagres, ese verano de 1955.

Sabe a Panamá

Al servicio de tu salud.

CLÍNICA HOSPITAL
SAN FERNANDO
• Experiencia • Tecnología • Trayectoria

Central telefónica **305.6300** www.hospitalsanfernando.com

Asociados al
MAINE CHILDREN'S HOSPITAL
Tulane University
Baptist Health South Florida